

LA EDUCACION EN LAS REVISTAS

PROBLEMAS GENERALES DE EDUCACION

En la revista *Pro Infancia y Juventud* se publica un estudio acerca del tratamiento de que ha de ser objeto el niño como paciente de hospital, llevado a cabo por el equipo de higienistas de la Organización Mundial de la Salud. La conclusión principal a que se llega a través de estas páginas es que este tratamiento no basta que sea de carácter físico. Se ha demostrado que es necesario hacer mucho más y ocuparse especialmente de la vida afectiva del niño enfermo. La entrada en un hospital es un acontecimiento importante para todo el mundo, pero aún mucho más para un niño que no puede comprender la necesidad ni la duración de este cambio de vida de su permanencia en este establecimiento. Temores e ideas muy diversas se entrecrocaban en él al verse lejano de su casa y de los suyos, y por ello se ha estudiado si será preferible o no que la madre se interese en el hospital con su hijo, experiencia que ha sido tanteada con buenos resultados en algunos países.

La salida del hospital puede también plantear otros problemas: que el niño haya encontrado más afecto y mejor bienestar en el hospital que en su propia casa y que no quiera salir de él, o que, por el contrario, el niño guarde un desagradable recuerdo de hospitalización, lo cual más tarde puede acarrearle nuevos inconvenientes.

El personal que ha de trabajar con niños hospitalizados necesita una formación especial que le permita apreciar en el niño un todo orgánico: su desarrollo en la vida de familia y sus relaciones con el mundo que le rodea. De ahí la necesidad de que el pediatra tenga una cierta práctica de psiquiatría infantil.

Adaptarse a la vida del hospital es otro problema para el niño. Lograr que esta adaptación sea fácil es una tarea muy importante que incumbe al personal de aquel centro, y que tiene igualmente que cuidar del ambiente general adecuado: muebles, decoración, cuartos de recreo, etc., para que se borre todo el posible aspecto desagradable y se cree una sensación más familiar, pero sobre todo también es necesario crear un ambiente afectivo en el cual el niño se sienta seguro y satisfecho.

Hay también algunos problemas en relación con las visitas que deben recibir los niños enfermos en tratamiento en un hospital, pero, en general, se concede a éstas un cierto valor terapéutico, dada la estima e importancia que para el niño tienen. Buena cosa sería lograr que las madres pudieran jugar con sus hijos hospitalizados, que ellas mismas se ocupasen de ellos y dedicasen un rato a leerles cuentos.

Las enfermeras que se dedican a los cuidados de la infancia deben poseer también una preparación especial para conocer las fases del desarrollo del niño y el aspecto psicológico de las enfermedades. Deberán comprender que tiene que existir una cierta elasticidad en la disciplina del establecimiento en favor de una manera más humana de ejercer su función. Coordinar los servicios pediátricos y psiquiátricos es útil y en numerosos casos absolutamente necesario; para ello hay que constituir el equipo, del que deberá formar parte un pediatra, un psiquiatra, una asistente social, etcétera. La coordinación de todos los servicios aportará una mejor comprensión del niño a quien hay que

cuidar y le facilitará el tratamiento total que necesita (1).

José Juan Piquer y Jover publica en la revista *Pro Infancia y Juventud* un estudio sobre los tipos y tendencias de trabajo de los menores delincuentes de Barcelona, estudio que ha sido publicado en lengua catalana anteriormente, en la miscelánea homenaje a don Eduardo Fontseré y Riba.

Después de un breve preámbulo en el cual se insiste fuertemente sobre el aspecto trágico y escandaloso de la cuestión y en donde se examinan las principales disposiciones legislativas concernientes al trabajo de los niños, el autor explica cómo ha sido llevada a cabo la encuesta. Se ha efectuado con 444 casos de menores de once a veinte años de la Facultad Reformadora del Tribunal Tutelar de Barcelona, los cuales fueron interrogados individualmente en el momento de ingresar en tutela. El medio en que se ha desarrollado el trabajo de estos muchachos es el de las clases obreras de más bajo nivel en la provincia y ciudad de Barcelona, siendo de manera incontrolada cómo estos menores han elegido el oficio o el trabajo incalificado, inclinándose en algunos casos hacia la vida envilecida y perversa del rufián. Los 444 menores se dividen, según el tipo de su actividad, en tres grupos: 88 escolares (19,82 por 100), 116 que no trabajan (26,13 por 100) y 244 que trabajan (54,05 por 100).

El grupo de los que no trabajan teniendo la edad legal (que son 116) está constituido por mendigos, vagabundos y sin profesión. Entre éstos se encuentra la modalidad catalana del *trinxeiraire*, el golfo y el pilluelo, el vendedor ambulante y el que vive de la recogida de desperdicios, así como también el pequeño grupo de los homosexuales, invertidos y viciosos.

Los que trabajan (240) se dividen en cuatro categorías: 1.ª, trabajo incalificado (el constituido por la más ínfima condición profesional, predominantemente físico, como el barrendero, el botones, etc.); 2.ª, trabajo clandestino (es el que practican los menores antes de la edad legal, o sea cuando todavía no han cumplido catorce años; la mayoría se ocupan de trabajos incalificados mediante una falsificación de la edad, con la consiguiente inseguridad laboral); 3.ª, trabajo prohibido (el que la legislación sobre la seguridad e higiene del trabajo veda a los muchachos que no han cumplido dieciocho años); el más frecuente en Barcelona y el que peores daños acarrea a la salud es el practicado por los menores en los hornos de vidrio que existen en determinados suburbios, o bien en talleres de aserrar, mecánica, niquelado galvanico y pintura; 4.ª, trabajo calificado (el de los artesanos y profesiones liberales que exige vocación y técnica; a él pertenece un 80,02 por 100).

En este grupo de muchachos que trabajan se han de subrayar las siguientes notas: a) edad insuficiente; b) frecuentes cambios de profesión; c) cambios de profesión sin rumbo fijo; d) son mayoría los que trabajan a disgusto; e) considerable porción de los que no les gusta trabajar; f) notorio predominio de las profesiones de tipo industrial y comercial, y g) la profesión que más abunda es la de «botones», pues de los 240 muchachos que trabajan hay 66 que practican esta

(1) EQUIPO DE HIGIENISTAS DE LA ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD: *El niño en el hospital*, en «Pro Infancia y Juventud» (Barcelona, noviembre-diciembre de 1961).

labor. A continuación vienen, a poca distancia, los mecánicos (51), seguidos por los carpinteros (24), por los impresores (21), obreros del vidrio (19), tejedores (18), pasteleros (17), electricistas (12), agricultores (11), panaderos, albañiles y pintores (9 de cada oficio), meritorios (7), sastres (6), torneros (6), yeseros (5).

Para terminar se ofrecen tres apéndices estadísticos en los que se funda esta investigación y cuatro índices. Los datos aquí recogidos pueden servir de base para más amplias elaboraciones sociológicas. El autor se abstiene de formular conclusiones, fuertemente impresionado por la gravedad de los hechos, en espera de que el propio lector las deduzca. Termina señalando algunos de los objetivos (vocacionales, pedagógicos, técnicos, jurídicos y de vía espiritual) que se han de alcanzar si queremos contribuir a la reeducación profesional de esta juventud desvalida y desorientada (2).

ENSEÑANZA PRIMARIA

En *El Magisterio Español* Alfonso Iniesta inserta una colaboración sobre los problemas de las diferentes etapas en la edad del niño, desde la escolar hasta su frontera con la adolescencia. «Es verdad que los niños llegan al final de la edad escolar sin que los problemas de la adolescencia hayan irrumpido por completo en nuestras preocupaciones. Asoman al ingresar en las enseñanzas medias. Y quedan, por tanto, fuera de nuestra influencia. Al parecer, porque en la realidad las edades han adelantado tanto que, sobre todo en las grandes ciudades, la adolescencia aparece con dos años de anticipación a lo que estábamos acostumbrados. No es difícil comprobar el fenómeno. Los niños han cambiado: en su crecimiento, en sus aficiones, en la amplitud de su horizonte espiritual, en la manera de concebir el medio que los rodea. Para evitar que la escuela se quede chica ante estos problemas del niño, tiene que cambiar de contenido, y la iniciación profesional ha de llenarla de inquietud educadora» (3).

Francisca Montilla, en *Escuela Española*, habla de la situación de la escuela primaria dentro y fuera de España. Se habla del fracaso mundial—dice la autora—de la escuela primaria, pensando que no ha sabido formar a las generaciones nuevas para que sean capaces de hacer frente a la crisis actual. Esta apreciación, que hasta cierto punto podría ser justa, no lo es, sin embargo, cuando se engloban sin distinción todas las escuelas. En general, la escuela primaria del mundo entero ha cifrado su mayor gloria en la destrucción, siendo a veces éste su único objetivo determinado; pero la escuela española ha sido una excepción honrosa. En España ha preocupado la formación total de sus alumnos; nuestros maestros son, antes que nada, verdaderos educadores. Eso es ineludible en ellos. Y con su actuación patentizan que la inquietud formativa no neutraliza la eficaz instructora. «Se comprende la angustia del mundo—dice Francisca Montilla—, que comprueba la ineficacia de una labor cimentada casi exclusivamente en el progreso material. Los niños se hacen hombres capaces de contribuir con su esfuerzo inteligente al mejoramiento de las artes y de la ciencia, para el engrandecimiento de la industria, al avance de la civilización; pero carecen de

criterios espirituales seguros y no poseen tampoco firmeza de carácter para mantenerse en el plano de insobornable dominio que dan las condiciones sólidamente arraigadas. A esos alumnos les falta una educación moral y religiosa que el laicismo desestimó y desplazó arbitrariamente, haciéndola incompatible con el Estado moderno, artífice equivocado de la nueva educación» (4).

Agustín Serrano de Haro, en *Escuela Española*, reclama la asistencia obligatoria de los escolares a la escuela. «No cabe duda—dice—que se están transformando fundamentalmente muchas cosas esenciales en la enseñanza primaria. Y que las aplicaciones del Fondo de Igualdad de Oportunidades suponen una aportación con la que ni aun en los tiempos más recientes se podría soñar. Una de las más nobles de estas aplicaciones, ahora en estudio, es la de 60 millones de pesetas para establecer el servicio de transporte escolar colectivo. En su virtud, los niños dispersos en zonas de población diseminada, insuficiente para la existencia de una escuela, serán trasladados diariamente a la más próxima, recibirán en ella la educación a que tienen derecho y serán devueltos a sus domicilios después de las diarias sesiones escolares.» Serrano de Haro se plantea con este motivo el grave problema de la asistencia escolar.

Es verdad que existen unas Leyes estupendas que la hacen obligatoria, pero, sin embargo, es un hecho evidente que muchos niños no van a la escuela o van con tan poca asiduidad que hacen infructuosa su tarea, a pesar de vivir cerca de un centro escolar, porque no quieren ir o porque sus padres no los mandan o porque sólo los mandan cuando les parece. ¿Quién es el encargado de hacer que se cumplan las Leyes de asistencia obligatoria? Los maestros, los inspectores, los alcaldes. Y entonces el autor se pregunta: «¿No es una pena que se gasten ahora sesenta millones—¡benditos sesenta millones!—en aproximar a las escuelas a los niños que están lejos de ellas y que permanecemos impasibles ante el pobre niño que vive a dos pasos de la escuela y que vagabundea junto a sus muros, que aprende en calles y plazas las artes de mal vivir sin que nadie le dé un simple empujoncillo que, sin millones ni nada semejante, lo meta en su recinto redentor?» (5).

ENSEÑANZA MEDIA

En relación con el mes de junio han estado siempre los exámenes. Estos días los Institutos de segunda enseñanza se ven frecuentados por grupos de muchachos y muchachas que pasan su examen de reválida de cuarto grado. La extensión de la enseñanza a áreas cada vez más amplias hace de este hecho escolar un acontecimiento social que llega a buen número de hogares. El reflejo en la prensa es, por lo tanto, tan inevitable como frecuente.

La gran escritora Carmen Laforet publica en la tercera página de *Pueblo* un comentario titulado «Reválida». Habla en aquellas columnas como madre de examinanda cuya vida se ha agitado estos días más de lo que parecería normal y hasta conveniente a causa de los exámenes filiales.

La sagacidad de la escritora la lleva a analizar la

(2) JOSÉ JUAN PIQUER Y JOVER: *Tipos y tendencias de trabajo de los menores delincuentes de Barcelona*, en «Pro Infancia y Juventud» (Barcelona, enero-febrero de 1962).

(3) ALFONSO INIESTA: *Fronteras de la adolescencia*, en «El Magisterio Español» (Madrid, 30 de mayo de 1962).

(4) FRANCISCA MONTILLA: *La escuela primaria dentro y fuera de España*, en «Escuela Española» (Madrid, 17 de mayo de 1962).

(5) AGUSTÍN SERRANO DE HARO: *¡Por Dios!, la asistencia obligatoria*, en «Escuela Española» (Madrid, 3 de mayo de 1962).

postura de los padres. Piensa Carmen Laforet que cuando, hace veinte o veinticinco años, nos examinábamos nosotros, los exámenes eran asunto nuestro o de nuestros compañeros, y no de sus padres y de sus madres. Actualmente, en cambio, la vida se ha complicado de manera tan extraordinaria que la psicosis del examen envuelve a familias enteras. Los padres en víspera de reválida repasan a sus hijos los programas de los cuatro años del Bachillerato elemental y comprueban con la frente perlada de sudor que ya no saben nada, que se les han olvidado todas las fechas de la literatura y que la ignorancia de su vástago en matemáticas es simplemente un problema de herencia.

La autora recuerda aquellos tiempos en que todos nos examinábamos cada año y el examen de reválida era uno más de los muchos que hacíamos. Entonces nuestras malas notas no se achacaban a desgracia ni a herencia familiar, ni a falta de ayuda, sino a nosotros mismos. Nuestras buenas notas no eran recompensadas nunca, porque bastante recompensa teníamos con ellas. Carmen Laforet piensa que esto que ocurre ahora a los padres en vísperas de exámenes de sus hijos es una anomalía. Que esto de que los padres, además de preocuparnos de nuestras obligaciones, nos metamos en la cabeza cada día los deberes de los niños y tengamos que tomar reconstituyentes y calmantes la víspera de las reválidas, es algo que perjudica a los hijos más que un sano descuido en estos asuntos. Que el examen anual en un centro oficial parece ser una prueba más justa y más sencilla, menos dramática y más natural. Y que este exceso de interés que todos tenemos desorbita la importancia que a sí mismos se dan los examinandos. Estos se creen poco menos que Carpenter volando en órbita seguidos por la expectación asombrada y aterrorizada de los familiares. Para terminar, la autora se hace una pregunta digna de meditación: «¿No estaremos quitando per-

sonalidad y sentido de la responsabilidad a los hijos con tanta ansiedad por ayudarles?» (6).

También el Padre Félix García, en el diario *A B C*, comenta desde el lado principalmente familiar y social esta realidad de los exámenes. «Las familias suelen pasar—dice—durante este período prevacacional por una psicosis de examen. Es como si todos los de la casa «anduvieran de examen» y se contagiaran de angustia—aunque a veces no tanto—por la suerte del «niño», del bachiller, del universitario, del arquitecto y del ingeniero en esperanza, que, de «no salir bien», ponen en riesgo la paz y la economía de la familia. Porque aparte de los gastos, nada menguados, de libros, matriculas, colegios y escuelas especiales; del volumen ingente de cuadernos, de gomas, de lápices, de deportes, etc., viene una serie de molestias y sinsabores que alteran todos los planes familiares de diversiones y de descanso.»

«Todo esto se obviaría en gran parte—creo el Padre Félix García—con un sistema de exámenes más humanizado y más práctico, que hiciera depender el resultado final no del albur de tener que contestar con más o menos precisión a unas preguntas sencillas o capciosas, raras o importantes, sino del aprovechamiento regular del curso, de las calificaciones obtenidas y del conocimiento que el profesor que sabe serlo tiene del alumno para poder definir con responsabilidad si el alumno es o no es apto, si tiene o no tiene capacidad para el estudio» (7).

CONSUELO DE LA GÁNDARA

(6) CARMEN LAFORET: *Reválida*, en «Pueblo» (Madrid, 7 de junio de 1962).

(7) PADRE FÉLIX GARCÍA: *Exámenes*, en «A B C» (Madrid, 9 de junio de 1962).